

Revista MEDICA HONDUREÑA

(23 Época) ÓRGANO DEL
COLEGIO MEDICO DE HONDURAS
FUNDADA EN 1930

Director:

Dr. Antonio Bermúdez M.

Administrador:

Dr. Ramiro Coello Núñez

Secretario:

Dr. Raúl Durón M.

Editores:

Dr. Jorge Rivera

Dr. Silvio R. Zúniga

Dr. José Gómez-Márquez G.

Dr. Carlos A. Delgado

Dr. Carlos Sierra Andino

1.000 ejemplares

EDITORIAL

Hospital General y Escuela de Medicina

ANTONIO BERMUDEZ MILLA

Para concluir nuestra tarea en la Dirección de la Revista Médica Hondureña, después de dos años de labor, deseamos hacer una breve discusión a través de este sugestivo binomio que forman la Facultad de Medicina y el Hospital General de Tegucigalpa.

Este Hospital fue establecido por el Estado en 1880, durante la administración del Dr. Marco Aurelio Soto, para socorrer a la humanidad doliente, como lo expresara en el discurso inaugural don Francisco Planas, fundador y primer Director del Centro, en el edificio que hoy se conoce como Palacio de los Ministerios, frente al Correo Nacional, lugar en donde funcionó hasta el 6 de junio de 1926, fecha en que por la decisión y férrea voluntad del entonces Director Dr. Manuel Guillermo Zúniga, fue trasladado al edificio levantado por la Junta Constructora del Asilo de Indigentes, en la zona de San Felipe.

No fue sino hasta 1894, cuando el Dr. Miguel Ángel Ugarte introdujo los conceptos de asepsia y antisepsia, que empezó a florecer la Cirugía en nuestro país, siendo el Dr. Ugarte el primero en operar las cavidades del cuerpo con verdadero éxito.

El Dr. Alanzo Suazo, que sustituyó a Ugarte en la dirección técnica del Hospital, fue el primer maestro de Clínica, caracterizándose por sus amenas; y magistrales lecciones. En aquella época el número de estudiantes era reducido, pero de una gran capacidad de comprensión.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la relación entre el Hospital General y la Escuela de Medicina comenzó en el momento mismo de la inauguración del Hospital, con media docena de practicantes y la influencia de los galenos ya mencionados y *de* otros, con entrenamiento en el extranjero, como Rubén Andino Aguilar y Rodolfo Espinoza. Entre

sus primeros egresados se destacan los nombres de Julián Baires, José Isaac Reyes, Trinidad E. Mendoza y Jenaro Muñoz Hernández.

Este núcleo inició lo que hoy es la Escuela de Ciencias Médicas, pero aquella primera intentona se terminó por consunción en 1891.

Sin embargo, en 1894 se organizó nuevamente el primer año de Medicina, gracias a la iniciativa de los Doctores Miguel A. Ugarte, Alejo S. Lara y Valentín Durón, figurando entre sus alumnos Federico Alvarado Guerrero, Esteban Guardiola, Carlos J. Pinel, Isidoro Martínez, Alejandro Montoya y Romualdo B. Zepeda —este último, poco después administró por primera vez en Honduras el entonces peligroso 606, más conocido como Salvarsán. Nuevamente, en 1904 se disolvió la Escuela de Medicina por SUBLEVACIÓN DE LOS ALUMNOS —primera huelga— debido a que, en forma provisional se había destinado una parte del edificio para establecer una sección para profilaxis venérea. En aquel entonces, en esa escuela, habían practicantes que trabajan técnicamente en el Hospital.

Hubo después otros médicos que sobresalieron en sus servicios para el Hospital y la Escuela, pero hasta ahora nadie ha escrito nada al respecto. Nosotros oímos hablar de José Jorge Callejas, Ramón Valladares, Ricardo D. Alduvín (fundador de la Biblioteca de la Escuela de Medicina), Manuel Larios Córdoba, Héctor Valenzuela, Carlos Romero, Carlos Cruz Velásquez, etc.

Cómo aseveramos al principio de estas notas, el Hospital fue creado para ofrecer los auxilios de la Ciencia Médica a las personas que no estuviesen en capacidad económica para recurrir a los servicios médicos privados. Infortunadamente, como ocurre con frecuencia entre nosotros, hay quienes teniendo los medios necesarios acuden al Hospital General, a través de recomendaciones de políticos o personeros gubernamentales, quienquiera que sea el mandatario de turno. Hemos visto pasar por los consultorios de este centro a profesionales y aún comerciantes que —además de quitarle el tiempo a los médicos que allí laboran— se aprovechan de las medicinas, de por sí ya limitadas, de otros enfermos verdaderamente necesitados y que no cuentan con la capacidad monetaria para adquirirlas.

Los sueldos simbólicos del pasado se han venido convirtiendo paulatinamente en una remuneración más o menos justa, tomando en cuenta el tiempo que los médicos dedican al Hospital.

La Escuela de Medicina ha aumentado la influencia que ejerce sobre el centro hospitalario y cuenta con instalaciones propias para la docencia dentro del edificio. El hecho de estar al frente de un Servicio Médico del Hospital es por sí mismo un factor muy importante para poder pertenecer a la plana de profesores de la Escuela de Ciencias Médicas o como ahora se le denomina, dentro del Plan de Reforma Universitaria.

Es indudable que con el adelanto progresivo que ha tenido la Facultad de Medicina también se han mejorado los servicios que el Hospital presta al público. Muchos médicos que se han especializado en el exterior han regresado para brindar sus conocimientos y esfuerzos en beneficio de la Escuela y del Hospital.

En 1926 el presupuesto anual del Hospital y Asilo de Indigentes era apenas de L 99.200-00 y existía un déficit de L 35.000.00 En la actualidad este presupuesto es de L 2.376.152.00 y el 62.66% se utiliza en sueldos

y salarios, sin contar el contrato anual de limpieza que asciende aproximadamente a 68.000.00 lempiras anuales. Con, lo que resta hay que hacer verdaderos milagros de ingenio para sufragar la alimentación de pacientes y empleados, medicinas, equipo de trabajo, material de Rayos X, Laboratorio, Patología, etc.

De todo esto se deduce fácilmente que el presupuesto actual continúa siendo insuficiente, a pesar de la ayuda directa que se recibe de la Universidad mediante el pago de algunos de los médicos recién graduados que prestan servicio como Residentes.

Es una verdad incuestionable que la Escuela de Medicina ha sido beneficiosa para el Hospital, pero no debemos olvidar el papel importantísimo que el Hospital General representa en la docencia médica del país. En el presente el problema principal para el Hospital estriba en los conflictos con los practicantes internos, que están haciendo el último año de su carrera y además están bien remunerados. En los dos últimos años han provocado dos huelgas que han sentado funestos precedentes para el futuro administrativo y funcional del mismo.

Se nos ocurre pensar que una de las maneras para evitar estos problemas sería la derivación de estos cargos de practicantes internos hacia la Escuela de Medicina, para que fueran considerados no como empleos y salarios sino más bien como becas de estudio.

Ahora que se está hablando tanto del Hospital-Escuela, creemos oportuno llamar la atención hacia la posibilidad de convertir el actual Hospital General —cuna de la enseñanza médica en Honduras— en ese centro hospitalario de la Universidad que está en período de gestación, aún cuando en el futuro se construya un edificio "ad hoc" en los predios de la Ciudad Universitaria. Se aprovecharía para forjar desde ahora, en bases firmes, la organización adecuada. Esta idea no es nueva, ya el D-r. Carlos M. Gálvez, cuando fue Ministro de Educación intentó hacer esta reforma.

Lo que no hay que olvidar, bajo ningún punto, es que un hospital no es eficiente sólo por causa del edificio en que está ubicado, sino que, y principalmente, por su organización, la preparación y la capacidad de trabajo de su personal médico y auxiliar.

Creemos que es muy temprano para enfocar el proceso de reforma, por lo menos en nuestra opinión. Hay todavía mucha tela que cortar en este sentido. Si queremos dejar patentizado nuestro agradecimiento para quienes fueron nuestros maestros en esa misma escuela y en ese mismo hospital, mencionaremos, con todo y el temor de olvidar algún nombre, a quienes más huella dejaron en nuestra formación académica, son ellos: Juan A. Mejía, Antonio Vidal, Salvador Paredes, José Ramón Durón, Napoleón Bográn, Humberto Díaz B., Abelardo Pineda Ugarte y José Gómez Márquez, el último fue nuestro verdadero profesor de Patología General, en aquellas amenas y prolongadas clases de Oftalmología, en las que con un solo síntoma nos hacía recorrer toda la patología y, a veces, aún nuestros flacos conocimientos de Anatomía.

Hemos terminado la misión que nos confiara la Junta Directiva del Colegio Médico al frente de esta Revista, hemos puesto en ella interés y cariño y sólo nos resta elevar nuestros más fervorosos votos para el buen suceso de los próximos directores.